

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR



Personas de luz

Oh Dios de las naciones,
que nos convocas a vivir en la luz,
tú dispersas las tinieblas por el nacimiento
de tu Hijo, Jesús.
Los profetas anunciaron que tu resplandor
cubriría la tierra
y atraería a todos los pueblos bajo tu cuidado.
Concédenos que, como los Magos,
busquemos el resplandor de tu gloria
y seamos dignos de proclamar
tu santo nombre.

Resplandece en nuestro corazón
e ilumina nuestra mente para compartir
fielmente la Buena Nueva.
Que los pueblos vengan hasta ti, al conocer
tu Palabra encarnada.
Muéstranos tus cuidados amorosos,
para que, llenos de gozo,
trabajemos en la construcción de un mundo
justo y pacífico.
Por Cristo nuestro Señor.
Amén.

Domingo, 7 de enero de 2018

Luz reveladora



Lecturas del día: Isaías 60:1–6; Salmo 72:1–2, 7–8, 10–11, 12–13; Efesios 3:2–3a, 5–6; Mateo 2:1–12. La Epifanía celebra la manifestación de Dios a todas las naciones. Conocemos bien la tradición de los Tres Reyes Magos, pero reflexionemos en lo que hoy dicen las Escrituras.

En la primera lectura, el profeta invita a Jerusalén a levantarse. Dios ha restaurado la ciudad bañándola de luz. La gloria de Dios se revela en una ciudad pujante y de gente renovada: “Todas las naciones vienen a tu luz” (v. 3). Jerusalén revela las Buenas Nuevas de la salvación, para que el mundo se entregue al amor redentor de Dios. En el evangelio, unos magos de Oriente, figuras de las diversas culturas y lugares, buscan al Cristo Niño. Siguieron una estrella

y van tras la verdad. Al encontrar a Jesús le rinden homenaje. Jesús ha venido a salvar a todas las gentes, y su manifestación transforma el modo como nos reconocemos unos a otros. Cristo es el centro de nuestras relaciones y emplea dones y experiencias diversas para revelarnos al Padre. Cuando los visitantes de Oriente encuentran a Jesús, pasan a formar parte de la historia del Pueblo de Dios.

En el bautismo, bañados con la luz de Cristo, somos liberados de nuestras iniquidades e incorporados en el cuerpo de Cristo. Dejamos de ser gentes en tinieblas; brillamos como Jerusalén. Nuestra vida debe reflejar la presencia divina, en el modo de proclamar la justicia a los pobres, la libertad a los cautivos y acercar a todos los que buscan la verdad.



ESTA SEMANA Y DESPUÉS

Tiempo Ordinario

El Tiempo Ordinario está dividido en dos periodos. El primero comienza con la fiesta del Bautismo del Señor y termina con el Miércoles de Ceniza (14 de febrero). El segundo es más prolongado, inicia tras Pentecostés y concluye con el sábado de la semana comenzada con la solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo. La palabra *ordinario* significa *ordenado*. A esas temporadas se les llama Tiempo Ordinario porque numeramos las semanas sin una designación festiva para significar lo que es ser discípulo. Esta estación, lejos de ser mundana o irrelevante, es propicia para reflexionar sobre lo que significa ser un fiel discípulo de Cristo y practicar la fe que profesamos. Estas semanas del Tiempo Ordinario durante el invierno, envueltas en la quietud invernal, invitan a escuchar atentamente las Escrituras y a notar la simplicidad de la decoración de la parroquia. Deje que esas cuantas semanas sean de contemplación para compartir la Buena Nueva, especialmente alistándonos para celebrar la Cuaresma y la Pascua.

Lunes, 8 de enero

Fiesta del Bautismo del Señor

Hoy termina la temporada litúrgica de Navidad y comienza el Tiempo Ordinario. Con las Bodas de Caná y el relato de los Magos, la narración habla de la presencia de Dios entre nosotros. Decía Adrián Nocent, OSB: “El bautismo de Cristo nos introduce más profundamente en el misterio pascual. El bautismo de Cristo en el Jordán manifiesta que la salvación hoy se nos da a todos: el pecado es destruido” (*The Liturgical Year*, Liturgical Press, 2013). Al salir del agua Jesús, Dios revela que Jesús es su Hijo amado. Por las aguas bautismales, participamos en la vida que Jesús prometió. Tomamos parte en el Reino y se nos pide trabajar para que todas las personas tengan paz, justicia y amor. *Lecturas del día: Isaías 42:1-4, 6-7, o bien Isaías 55:1-11; Salmo 29:1-2, 3-4, 3, 9-10, o bien Isaías 12:2-3, 4bcd, 5-6; Hechos 10:34-38, o bien 1 Juan 5:1-9; Marcos 1:7-11.*

Viernes, 2 de febrero

Fiesta de la Presentación del Señor

A cuarenta días de la Navidad, esta fiesta corona aquel evento. La liturgia del día nos recuerda que Jesús es luz de la revelación a los gentiles (2:32). Simeón y Ana reconocen al divino niño, el Rey de la Gloria, que se hizo uno de nosotros para redimirnos del pecado. La fiesta de hoy nos recuerda que Jesús es la luz que disipa las tinieblas y purifica todos los pueblos, para que participen de la bondad de Dios. En la misa del día, muchas parroquias bendicen velas para todo el año, e invitan a los fieles a aportar sus velas domésticas para bendecirlas. La liturgia inicia con una bendición y una procesión con una vela, para recordarnos que Jesús es nuestra luz en las tinieblas. *Lecturas del día: Malaquías 3:1-4; Salmo 24:7, 8, 9, 10; Hebreos 2:14-18; Lucas 2:22-40.*

Sábado, 10 de febrero

Santa Escolástica

Poco sabemos de santa Escolástica. Ella fue gemela de san Benito y fundó a las monjas benedictinas. La hagiografía cuenta que Escolástica se consagró a la oración y a profundizar su amistad con Dios. Las lecturas del día resaltan la idea del profundo amor a Dios y el servicio al Señor. Aunque enclaustrada, Escolástica mostró profunda compasión y amor a Dios, a su hermano y a su comunidad. Lea la vida de la santa; alguna de sus perlas dice que superaba a Benito. *Lecturas del día (de la Memoria): Cantar de Cantares 8:6-7; Salmo 148:1bc-2, 11-13a, 13c-14; Lucas 10:38-42.*

